

HÉROES DE LA ANTÁRTIDA



Javier Cacho

HÉROES DE LA ANTÁRTIDA

Historia del descubrimiento
del continente blanco

fórcola
Periplos

Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Los Buques de Su Majestad Erebus y Terror en la Antártida.

James Wilson Carmichael (1847), Museo Marítimo Nacional,
Greenwich, Londres

© Javier Cacho, 2019

© Fórcola Ediciones, 2019

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-29446-2019

ISBN: 978-84-17425-45-6

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

*A Gracia Iglesias, mi querido lápiz rojo,
por empujarme a escribir este libro y,
desde entonces, por velar –con cariño filial–
todas mis aventuras literarias*

PRÓLOGO

A LO LARGO DE LA HISTORIA los seres humanos hemos traspasado una y otra vez las fronteras geográficas que limitaban nuestra existencia para ir en busca de lo desconocido. Montañas, desiertos, ríos, mares... nada ha sido un obstáculo infranqueable para nuestra determinación por sobrepasarlos. En algunas ocasiones, la guerra, el hambre o la enfermedad han sido el motor que ha empujado nuestros desplazamientos. Otras veces, incluso en épocas de estabilidad política y económica, pequeños grupos de hombres y mujeres audaces se han atrevido a encaminar sus pasos hacia lo inexplorado, dispuestos a afrontar peligros conocidos y desconocidos. Puede que sus motivaciones fuesen comerciales, búsqueda de materias primas o de nuevos mercados para sus productos, pero detrás de esos intereses siempre había algo más. La curiosidad, un anhelo difícil de describir por ver lo que nadie de su comunidad había visto, incluso por llegar a donde nadie había llegado antes.

Este libro trata precisamente de eso, de esa necesidad del ser humano por explorar el mundo que lo rodea, particularizado en la larga búsqueda del lugar más recóndito, alejado e inhóspito del planeta: la Antártida.

La especie humana, en ese largo proceso de expansión de miles de años, ha sido capaz de poblar todos los rincones del planeta, por muy adversas que fuesen sus condiciones climáticas o su medio físico. Desde el Creciente Fértil nos hemos extendido en todas direcciones adaptándonos a todo: selvas, desiertos, montañas, llanuras...

Hemos saltado de un continente a otro, de una isla a la siguiente hasta ocuparlo todo, incluso las regiones heladas del Ártico a las que, hace miles de años, los pueblos esquimales fueron capaces de adaptarse.

El único lugar del mundo que la especie humana no ha sido capaz de poblar, hasta hace dos siglos ni siquiera de pisar, ha sido la Antártida. Rodeado por las más grandes extensiones oceánicas del planeta, distante de los otros continentes miles de kilómetros, aislado por un cinturón de corrientes marinas y vientos huracanados que, incluso hoy, hacen difícil la navegación a su través, el continente antártico ha permanecido ajeno a todo el proceso de colonización de los humanos. Si los esquimales fueron capaces de adaptarse a un terreno tan baldío y a un clima similar fue porque a lo largo de decenas de siglos fueron internándose en esas regiones desde lugares con condiciones similares, en un lento proceso de adaptación.

Un proceso similar no podía ocurrir en la Antártida. Sus vecinos más próximos, las tribus que poblaban Tierra del Fuego, en el extremo meridional de Sudamérica, tenían un sistema de navegación primitivo. Frágiles canoas, utilizadas para costear en aquel dédalo de islas y canales, con las que nunca hubieran podido atravesar 1.000 kilómetros de uno de los peores mares del mundo para llegar a la Antártida. Incluso en el improbable caso de que la hubieran alcanzado, qué habría podido hacer un pueblo que basaba su existencia en el fuego en un lugar desprovisto de bosques, árboles, matorrales, incluso de un matorajo de hierbas; cómo calentarse o preparar la comida.

Nada se sabía de aquel lugar porque nadie había estado nunca y, pese a ello, su existencia es intuitiva a partir de unas teorías que, en nuestros días, podríamos considerar

como ingenuas. La leyenda de un gran continente, al que denominaron *Antarktikos*, pasó de generación a generación entre las brumas de un conocimiento más quimérico que racional. Después, la era de las grandes navegaciones hizo resurgir el mito, con el nombre de *Terra Australis*, y comenzó su búsqueda.

Este libro es la historia de todo ese largo proceso. De cómo surgió la chispa de intuición que creó el concepto, de la manera en que se fue manteniendo durante siglos y de la exploración por las aguas australes en su persecución. A lo largo de sus páginas iremos conociendo los motivos que empujaron a esos navegantes que buscaron la Antártida con denuedo, primero por océanos sin límites y luego por mares de hielos, enfrentando la fuerza de los elementos y sus propios miedos.

Seguiremos los viajes de exploración, que durante siglos fueron reduciendo sus dimensiones y volatilizando las esperanzas de dar con una tierra de promisión. Acompañaremos a esos primeros hombres que, ahora hace exactamente doscientos años, descubrieron sus costas; a los foqueros y balleneros que sólo buscaron llenar sus bolsillos; a los navegantes que seducidos por el deseo de conocer se adentraron entre hielos y tempestades; a las expediciones que recorrieron sus aguas cegadas por la ambición de hacer nuevos descubrimientos geográficos.

Contaremos todo ello, siempre que sea posible, con las palabras que esos audaces navegantes emplearon en sus cartas, diarios, escritos, cuadernos de bitácora... serán sus propias palabras las que nos transporten a esos lugares de belleza y dureza, de sufrimiento y satisfacción, de muerte y gloria. Sus palabras nos llevarán a sus sentimientos, a ese calidoscopio de emociones que vivieron, nos permitirán revivir –casi hacer nuestras– sus tragedias y también sus momentos de exaltación.

Ante nuestros ojos desfilarán foqueros, balleneros, militares, capitanes de barco, jefes de expedición: líderes con decisión y coraje que supieron alentar a sus hombres para que diesen lo mejor de sí mismos en aquellas empresas, que casi podríamos considerar como suicidas y en las que muchos, de hecho, perdieron la vida.

Esos esforzados hombres, a fuerza de muchas penalidades, fueron configurando los límites físicos de esa tierra helada que se escondía y se defendía con armas de hielo, tan mortíferas o más que las de acero. En las páginas que siguen conoceremos el descubrimiento de las islas que rodeaban el continente, luego los primeros avistamientos de fragmentos dispersos de sus costas, más tarde los primeros desembarcos en sus playas, hasta que llegó el momento supremo de desafiar unas condiciones climáticas desconocidas y atreverse a vivir –o a morir– un año de sus vidas sobre el helado continente.

Al igual que el descubrimiento de la Antártida, este libro también es fruto de un largo proceso, cuyo inicio se encuentra en el primer libro que leí sobre aquel lugar, al que han seguido muchos años de estudio en docenas de libros y documentos. Espero que tú, que ahora te vas a embarcar en la aventura de leer estas páginas, las disfrutes tanto como yo he disfrutado al reconstruir las hazañas y vicisitudes de estos hombres a los que el gran explorador polar Roald Amundsen consideraba «héroes, en el sentido estricto de la palabra».

**HÉROES DE LA ANTÁRTIDA.
Historia del descubrimiento del
continente blanco**

1

Antarktikos

La intuición de los pensadores griegos

LA ANTÁRTIDA, tal y como hoy conocemos al continente helado que ocupa el extremo meridional del planeta, debe su nombre a un oso, o más concretamente a una osa: la Osa Menor, y su historia, al menos en el imaginario de geógrafos y navegantes, es más larga de lo que solemos pensar. No comenzó hace doscientos años cuando unos marinos, que las tormentas habían arrastrado hacia el Sur al tratar de doblar el cabo de Hornos, se toparon con unas islas que no figuraban en las cartas de navegación. La historia de ese continente se remonta a más de dos mil años, cuando Aristóteles ponderaba los argumentos a favor y en contra de una Tierra plana, o de un planeta esférico. Tenía la evidencia física de que durante un eclipse la sombra que proyecta la Tierra sobre la Luna es circular. Además, le habían llegado informes de personas que se habían desplazado grandes distancias hacia el Norte y habían observado cómo las estrellas que les eran familiares iban desapareciendo por el sur mientras otras nuevas aparecían por el norte. Todo eso sólo podía suceder si la Tierra era una esfera.

La conclusión de que la Tierra era esférica llevaba al filósofo a otra cuestión lógica aún por resolver: puesto que, según sus cálculos, él se encontraba en el hemisferio Norte de la esfera y toda la masa terrestre conocida hasta entonces pertenecía a esa misma mitad del planeta, cabía suponer que en la mitad Sur existiría una masa

continental de similares proporciones para equilibrarla, que aún estaba por descubrir.

Una vez definida la existencia de esas tierras había que darles un nombre. Los griegos llamaban *Árktikos* a las tierras situadas más al Norte, dado que estaban en la dirección de la Estrella Polar, que a su vez se encontraba en la constelación de la Osa (*Arktos*) Menor. Por lo tanto parecía evidente que esa masa continental del hemisferio Sur debería llamarse *Antarktikos*, lo opuesto al *Árktikos*. A partir de ese momento –siglo IV antes de Cristo– la Antártida hizo su entrada en el mundo de los conceptos y ya no hubo forma de hacerla desaparecer, pese a que se intentó durante siglos.

Una vez definida la forma del planeta, lo elemental era fijar sus dimensiones. Tema complicado dado que la solución de viajar hasta rodear la Tierra se enfrentaba al problema de recorrer territorios inexplorados y, la mayoría de las veces, hostiles. Tuvo que pasar un siglo para que Eratóstenes resolviese el problema, sin moverse de Alejandría, donde estaba a cargo de su famosa Biblioteca. Para ello realizó un experimento que hoy nos parece sencillo pero que en su día fue tremendamente innovador: enterado de que en la ciudad que ahora conocemos como Asuán los objetos no proyectaban sombra el día del solsticio, en esa misma fecha midió la sombra que proyectaba una vara en su ciudad. Como sabía la distancia que separaba ambas urbes, y estimando que estaban en la misma longitud, calculó la circunferencia de la Tierra en 39.614 kilómetros. Una precisión sorprendente si se considera que en la actualidad, con ayuda de satélites, se ha calculado que es de 40.008 kilómetros. En cualquier caso, la distancia que separaba la cuna de la cultura europea de la Antártida era demasiado grande para plantearse un viaje.